

El Pajarito, efectivamente estaba ahí; tal vez no era un pájaro, tal vez ni siquiera estaba vivo, pero en el tiempo en el que tardábamos en descifrar qué era y si se movía o no, la foto ya estaba lista. Eran de esas fotos instantáneas que se sacudían para cambiar el fondo blanco por uno con un niño que se veía siempre absorto, mirando un punto fijo: una foto en la que no salía el “pajarito”. Ya de grandes, contemplamos con la misma cara de menso los noticieros todas las noches, sin meditar mucho en cual es el orden en el que nos administran las noticias, cuánto tiempo le dan a cada una o con que énfasis se transmite el mensaje. No censamos cómo la melodía de las “noticias de última hora” nos enderezan el cuerpo; no prestamos atención a como se alteran los adjetivos según sea la línea editorial, no vemos con detalle el gesto de desaprobación de la presentadora, que nos va guiando para que nosotros también desaprobemos. No sospechamos de los titulares que se repiten una y otra vez, casi musicalizando el ambiente.

Ahora, de grandecitos, sólo miramos fijamente el pajarito poco inocente, mientras los consejos editoriales tienen a sus miembros también en bancadas políticas o en empresas de gaseosas.

Sutilmente, el pajarito se hace un cuervo hipnotizante y nos pone a hablar de lo que le da la gana, se refuerza con un bombardeo de noticias en las redes sociales y casi sin darnos cuenta olvidamos nuestro propio infierno para concentrarnos en el que ha dibujado el pajarito alrededor.

Nos habla de tragedias lejanas, de invasiones, de hambre, para que distraídos de nuestras propias miserias, salgamos lindos en una foto abanicada y mientras tanto hay uno que se gana la vida con nuestra pendejada.

Todavía me pregunto, ¿por que tengo una foto con un sombrero de mariachi y montada en una llama?, lo cierto es que ese día en la plaza todos le pagamos al dueño de un pájaro de muerto, para parecer mas felices que el pájaro muerto.